

Un Contrato Planetario

Susan George

¿Cuales eran las mayores crisis mundiales antes del abominable suceso del 11 de septiembre? Se pueden identificar cuatro polos de crisis que son –sin duda– interdependientes:

En primer término, el polo de la destrucción del medio ambiente y especialmente las modificaciones climáticas en sí mismas debidas a la excesiva dependencia de Occidente de los combustibles fósiles. Podemos mencionar la contaminación del aire y del agua, la masiva destrucción de especies, la pérdida de fertilidad del suelo, la deforestación...

En segundo lugar, el polo de la pobreza y de las desigualdades, con crecientes disparidades y una mala distribución de la riqueza, tanto en materia de empleo y de recursos, entre y en el interior mismo de los países, lo que consolida la brecha desestabilizante entre el Norte y el Sur y crea un omnipresente sentimiento de injusticia.

En tercer lugar, la crisis de la democracia y de la asunción del

poder en todo el mundo. Se han podido señalar progresos formales en materia democrática en algunos lugares (elecciones, etc.) especialmente después de la caída del muro de Berlin, pero la verdadera participación popular continúa siendo una excepción y la mayor parte de la gente –tanto del Norte como del Sur– ejerce poco o ningún control sobre las condiciones básicas de su propia vida.

En cuarto lugar, la larvada amenaza de una crisis económica causada por la sobreproducción que afecta a la industria y a los servicios, cuyas consecuencias, el desempleo y el aumento de la exclusión, contribuirán a hacer más pesadas las otras cargas.

Por si esto fuera poco, el 11 de septiembre de 2001 nos introduce en la era de la inseguridad radical y del conflicto supra-estatal. Debemos ahora enfrentar a un enemigo oculto en las sombras, no declarado, sin territorio, que no lucha por objetivos racionales, que no respeta ninguna de las “reglas bélicas” establecidas a través de los siglos y que penetra con el horror de lo imprevisible en el hogar y en los lugares de trabajo de los poderosos, de los demócratas, de los “buenos ciudadanos”.

Debemos evitar a cualquier precio el “choque de civilizaciones” al que se refiere Samuel Huntington. Tal es el escenario que Bin Laden y sus camaradas fundamentalistas buscan, convencidos de que una acción generalizada contra los norteamericanos, provocaría una respuesta contra civiles árabes, radicalizaría a millones de musulmanes y conduciría hacia una guerra santa contra Occidente. No debemos facilitarle la tarea.

Occidente debe superar su desastrosa dependencia de los combustibles fósiles

* Artículo publicado en Newsletter N° 115 y Le Grain de Sable N° 287.

Medidas contra la pobreza que garanticen una vida digna para cada persona

Debe recordarse lo que decía el gran general chino Sun Tzu (alrededor de 500 años antes de Cristo): "No hagan lo que más les gustaría hacer. Hagan lo que a vuestro adversario le gustaría menos que hiciesen". Pues bien ¿qué es lo que a un enemigo fanático le gustaría menos que hiciéramos? ¿Cuales serían los caminos que deberíamos elegir para invertir sus objetivos proporcionando al mismo tiempo los remedios necesarios a las crisis anteriormente mencionadas? Tales caminos existen, pero hasta ahora los dirigentes políticos parecen hallarse paralizados por los acontecimientos. Una vez más será deber de los ciudadanos convencerlos de la necesidad de actuar con valentía.

El terrorismo nos está retrotrayendo a la memoria –aunque menos esperanzada– de los años 40, cuando se concibieron Bretton Woods y el Plan Marshall. Nos hace falta una nueva estrategia keynesiana, actualizada y adaptada a la globalización, no solamente para EE. UU. y Europa sino para todo el mundo. Es necesario que inyectemos en la economía global recursos que permitan evitar las crisis, ejemplificadas en la recuperación del medio ambiente, la erradicación de la pobreza y la democracia gubernativa. Un Contrato Planetario de tal naturaleza incluiría los siguientes elementos:

La recuperación y mejora del ambiente: Occidente debe superar su desastrosa dependencia de los combustibles fósiles, sobre todo de los producidos en aquellos países que a pesar de todas las posibles precauciones pudieran caer

en fundamentalismos cuyo primer objetivo sería sembrar cizaña en las economías occidentales. Necesitamos un programa que permita la producción masiva de energía solar y tecnologías limpias, con ayuda de subvenciones y créditos para la exportación, para sanear el Norte y replantear el Sur.

Medidas en contra de la pobreza, que garanticen una vida digna para cada persona. Diferentes organismos de las Naciones Unidas han afirmado que se podría proveer de agua potable, alimentos adecuados, vivienda, cuidado de la salud y educación para toda la población del planeta por menos de 100 mil millones de dólares anuales durante diez años.

Condiciones democráticas: hay que cambiar el rumbo de la historia de los recientes decenios, en los que las elites del Sur se han apropiado de todos los beneficios, tanto del comercio como de las ayudas al desarrollo. Los ciudadanos de Occidente están de acuerdo con ayudar a los países pobres, pero solamente si se les garantiza que los recursos llegarán a quienes los necesitan.

En consecuencia, con el objeto de acceder a los beneficios del Contrato Planetario, los gobiernos del Sur deberían decidir que sean los representantes de la sociedad civil quienes administren y distribuyan los recursos. Todas las sociedades, cualesquiera fuere su grado de pobreza, tienen organizaciones de este tipo, representantes de los campesinos, los obreros, las mujeres, la comunidad de comerciantes, que gozan de menor o mayor libertad según el gobierno que fuere. Los países árabes o musulmanes que quisie-

ran adherirse al Contrato Planetario deberían demostrar su buena fe desembarzándose ellos mismos de sus elementos fundamentalistas más peligrosos.

Sería probablemente útil incluir representantes de ONGs y de la sociedad civil del Norte que ya han trabajado con los grupos más independientes del Sur para asegurar que los gobiernos y las elites no traten de manipular a la “sociedad civil” o de sustituirla. Ningún gobierno sería obligado a firmar el Contrato Planetario, pero una vez firmado, debería aceptar el ejercicio de la democracia sin calificar esta exigencia de “interferencia” o “neocolonialismo”.

El modelo de tratamiento presupuestario de Porto Alegre (Brasil) debería inspirar la redistribución de los recursos. En dicha ciudad de 1,3 millones de habitantes, se otorga a las asociaciones de vecinos previamente elegidas asignaciones presupuestarias para financiar sus proyectos prioritarios, democráticamente establecidos. Se ha terminado con el derroche y la corrupción. El Contrato Planetario debería asimismo contar con la presencia de un cuerpo de auditores profesionales independientes, con capacidad para recomendar que se suspendan los envíos de recursos en casos de corrupción o de desvíos de fondos.

La financiación del Contrato Planetario.

Aunque se podría obtener realmente mucho más, 200 mil millones de dólares deberían ser suficientes para superar los polos de crisis, para sacar al mundo de la amenazante depresión actual. Recordemos que, tras la Segunda

Guerra Mundial, los EE. UU. destinaron más del 3% de su PNB al Plan Marshall, conscientes de que la reconstrucción de Europa, su privilegiado socio comercial, era de interés para ambas partes. Una nueva perspectiva “ganador-ganador” de este tipo podría ponerse en marcha a nivel mundial. Con la ayuda de los siguientes elementos:

La actual ayuda oficial al desarrollo oscila alrededor de los 50 mil millones de dólares. Esta aportación debería volcarse en un fondo común, y los países del Norte deberían dejar de usarla para generar exportaciones. En muchos países, las burocracias de las ONGs dependen de los presupuestos gubernamentales de ayuda, y por lo tanto es probable que discutan éste.

La anulación de la deuda constituiría una aportación enorme. La condición democrática anteriormente citada implicaría el cese de pagos a los países del Norte.

Terminar con los paraísos fiscales y reprimir la criminalidad financiera y el blanqueo de dinero de todo tipo permitiría a los gobiernos recuperar ingresos drenados hasta ahora por las mafias transnacionales. Una propuesta controvertida es la de la legalización de las drogas, su comercialización en el marco de un “comercio equitativo” bajo control gubernamental y sujeto a cargas impositivas. Esta solución produciría ingresos millonarios, reduciría la cifra de consumidores de drogas y acabaría con destrucciones medioambientales como la que se está produciendo en Colombia a causa de la fumigación de exfoliantes. Es cierto que esta propuesta, como todas las demás, debe ser objeto de debate;

Condiciones democráticas: hay que cambiar el rumbo de la historia de los recientes decenios

**Terminar con los
paraísos fiscales
y reprimir la
criminalidad
financiera y el
blanqueo de
dinero**

pero también lo es que el tráfico ilegal de drogas se ha estimado que supone entre el 2 y el 4% del producto mundial bruto, y que alimenta una economía informal que escapa a la fiscalidad, alienta la criminalidad, pervierte el sistema financiero a causa del blanqueo de dinero e incrementa el número de drogodependientes. Resulta imprescindible abordar este problema.

La aplicación de impuestos tipo Tasa Tobin sobre las transacciones monetarias y otras de carácter financiero internacional. La llamamos "tipo Tobin" porque la propuesta del profesor Tobin no es sin duda la más adecuada a la situación actual, dado que fue concebida para frenar la especulación, no para generar ingresos.

La aplicación de un impuesto internacional a las fusiones empresariales transnacionales y sobre la adquisición de conglomerados de empresas, que actualmente representan alrededor del 80% de las inversiones en el extranjero.

La imposición a las empresas transnacionales de un "impuesto unitario sobre los beneficios". Las multinacionales acuden a toda clase de medidas pseudolegales para evitar pagar los impuestos que les corresponden a los gobiernos del Norte, mientras que los impuestos se establecen cada vez más sobre el consumo y los ingresos laborales. Esto permitiría asimismo reducir las presiones ejercidas sobre los países del Tercer Mundo para que funcionen como paraísos fiscales de las multinacionales. Una parte de este impuesto unitario a los beneficios podría ser derivada al Contrato Planetario.

Gobiernos democráticos y patrullas volantes de auditores anticorrupción permitirían la creación de estructuras administrativas diferentes. Deberían reclutarse expertos de los organismos de las Naciones Unidas, reducir la burocracia al mínimo y abolir las cuotas de representación por país. Además de crear un Comité independiente que dispusiera de verdadero poder para sancionar al personal ejecutivo.

Conclusiones

Un Contrato Planetario no acabaría con el mal inherente a los seres humanos, ni con el fanatismo de los fundamentalistas o de los fascistas, nada podría erradicar todos los males. Pero sabemos que los padrinos de los terroristas se nutren de la pobreza y de la injusticia, terreno propicio para las insatisfacciones. Y hasta ahora los EE. UU. no han mostrado un balance brillante: han impuesto embargos, bombardeado, maltratado y matado a una cantidad incalculable de civiles. Los "humildes de la tierra" lo saben, saben que sus vidas no se miden con la misma vara que las de los occidentales, y saben también qué es lo que se les niega, porque la mundialización provoca la inmediata difusión de informaciones e imágenes.

Frente a la desesperanza, vector de odios y de terrorismo, nuestra responsabilidad es proponer una alternativa, un contrato de esperanza y de renovación. Hace falta y tenemos los medios. Los ciudadanos lo apoyarán. Otro mundo es posible.